



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

MIGUEL MARQUÉS



El maestro Marqués es tan notable, que yo creo que no hay concierto... europeo sin música de Marqués.

SUMARIO

TEXTOS: De todo un poco, por Luis Taboada.—Un convidado modelo, por Juan Pérez Zúñiga.—El idilio eterno, por Angel K. Chaves.—Palique, por Clara.—Mi vera afiég, por José Jackson Veyan.—Cartel de desafío, por Sinesio Delgado.—Viaje al extranjero, por Francisco Flores García.—Telegramas, por Gonzalo Cantó.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Miguel Marqués.—Marute, por Gilla.



Escribo mi crónica arrullado por el ruido cadencioso que produce la lluvia al chocar con los cristales de mi ventana.

Bendigamos á la Providencia que nos envía el riego bienhechor, pues ya estábamos próximos á secarnos completamente, y había hombre que entraba en el café con la lengua fuera, pidiendo agua, como los perros desamparados.

Era tal el ardor interno de los vecinos de Madrid, que algún cabeza de familia, guiado por un sentimiento generoso, mandó colocar en la puerta de su domicilio una cazuela con agua, y al preguntarle por qué hacia aquello, contestaba:

—La pongo aquí para que beba el repartidor de los periódicos, y el carbonero y las demás personas que vienen á mi casa con distintos objetos.

El otro día estuvo allí el casero para cobrar el alquiler del cuarto, y se lanzó sobre la cazuela como una paloma sedienta.

Ya, gracias á Dios, tenemos humedad en la atmósfera, y parece que respiramos con más libertad. Si llegamos á continuar con la sequía, hubiéramos concluido por agrietarnos como los palos del telégrafo.

Con motivo de la lluvia, la gente se ha lanzado á la calle; hasta ahora había permanecido en su casa para librarse de los abrasadores rayos del sol; pero en cuanto cayeron las primeras gotas, todos experimentamos la necesidad de recibir el agua en el cogote, y cada vez que nos sentíamos húmedos, murmurábamos alegremente:

—¡Jesús! ¡Qué fresco tan rico!

Ahora nos dedicamos á buscar casa una porción de padres de familia, porque dicen los periódicos que hay cuarenta mil cuartos desalquilados, y el que más y el que menos desea mejorar de habitación.

Pero los caseros no quieren rebajar el precio de los alquileres, y además las porteras no suelen brillar por sus buenas formas. Hay alguna de éstas que nos recibe enarbolando los zorros, como quien se prepara á defenderse de una agresión.

—¿Cuánto renta el cuarto segundo?—le preguntamos.

La portera nos dirige una mirada de profunda conmiseración, después hace un gesto despreciativo y dice girando sobre sus talones:

—No es para usted.

Hay otras que después de enseñarnos el cuarto nos dicen con cierto misterio:

—Aquí ha vivido uno que no sé si usted conocerá; uno que se tiró del tranvía porque estaba complicado en un robo, y después resultó guitarrista andaluz. Desde entonces el casero no quiere alquilar el cuarto más que á personas conocidas. ¿Usted será empleado? Tampoco queremos empleados, porque ha vivido uno que cada año tenía un hijo y se los criaba á todos una cabra detrás de la puerta del gabinete.

Lo natural es que para librarnos de esta portera parlanchina renunciemos á alquilar el cuarto, y busquemos un matrimonio

pobre, pero digno, ó una vinda decorosa que quiera encargarse de nuestra alimentación y aseo.

No falta quien nos conduzca á casa de una señora que admite un caballero, con ó sin asistencia, y que nos dice de buenas á primeras:

—Aquí estará usted perfectamente, porque yo soy muy cariñosa y muy limpia; esta casa es muy tranquila y no oírás usted el menor ruido; yo salgo poco, porque viene á verme un cuñado mío todas las mañanas y muchas tardes, y no es cosa de dejarla solo. Él es quien me administra mis cortos intereses, y si no fuera por él no sé qué hubiera sido de mí, porque yo me quedé huérfana á los treinta y cinco años, á consecuencia de una caída de papá, que se me reventó. Por las noches vienen aquí unas amiguitas á pasar el rato y tenemos un poco de baile. Casa más tranquila que ésta no la encontrará usted en todo Madrid...

Hay matrimonios de escasos recursos que desean tener un huésped formal.

—¿Es aquí donde se admite un caballero?

—Sí, señor. Nosotros nunca nos vimos en esto porque, á Dios gracias, hemos estado muy bien. ¿Se acuerda usted de una salchichera que pusieron en la calle de la Cabeza? Pues allí estaba mi esposo empleado, pero tuvo un disgusto con el principal, porque le mandaron comprar un melón y salió duro, y el principal le tiró dos rajas á la cabeza; y aquello le extrañó muchísimo á mi esposo, tanto que se fué de allí para siempre...

—Pues yo deseo habitación con asistencia y comida.

—Perfectamente. Aquí hay una sala muy hermosa; pero ahora no tiene vista, porque es donde juegan los niños, y ayer, precisamente, se le cayó á uno un barreño lleno de agua de campêche, que la tenía preparada para teñir un chaquet de mi esposo.

—¿Cuántos niños tienen ustedes?

—Once y en visperas.

—¿Qué atrocidad!

—Pero no se les siente, porque se pasan el día encerrados en una habitación pegándose ellos solos. Á uno le tengo en la cama muy malito, porque fué á subirse al vasar de la despensa y se le cayó encima el tabique. Otro perdió el ojo derecho en la cocina el año pasado, jugando con la mano del almirez...

En vista de estos informes nos vamos á la calle, íntimamente convencidos de que no hemos de vivir en casa de aquel matrimonio fecundo.

En fin, que pierda uno la paciencia buscando casa.

LUIS TABOADA.

UN CONVIDADO MODELO

..... Tome usted pan. ¿Qué le encuentra?

—Pues no estaba otra cosa! Aquí tiene usted su puesto, y usted, que es el convidado, debe sentarse primero. Por supuesto, la comida va á ser á estilo de pueblo. ¡Ah! ¿No es usted aficionado? ¿Qué demonio! Pues lo siento.

Ajaá. Ya está en la mesa la sopa... y es de fideos. ¿Cómo! ¿Que á usted no le gusta? ¡Hombre, si llego á saberlo, digo que hagan otra sopa! ¡Vaya por Dios!... Bien; hablemos. ¿Conque ha quedado mi primo tan gordo? Pues yo celebro que traiga usted el encargo de verme; porque así tengo el gusto de conocerle y el placer de que charlemos mientras dura la comida. Tome usted vino... ¿Qué es eso? ¿No bebe usted?... ¿Qué demantrel! ¡Pero si aquí no hay Bardeos! En cambio, va usted á ver qué cocido más soberbio. ¡Hombre! ¡Por san Caralampio! ¿Llama usted bazofia á esto, que tiene jamón, gallina, tocino, vaca y cangrejos, además de unos garbanos como manteca de tibias?

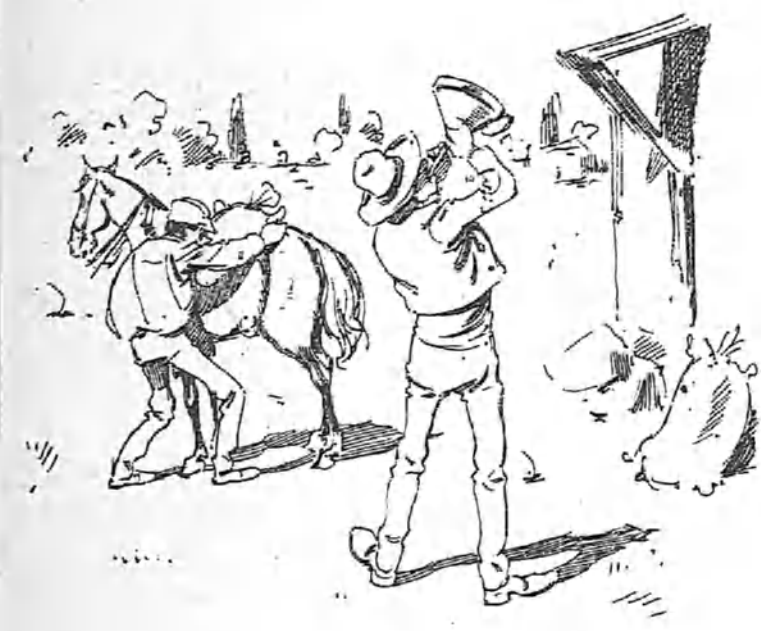
..... Tome usted pan. ¿Qué le encuentra? ¿Que está apelmazado? Es cierto; pero es blanco y, sobre todo, no lo hay mejor en el pueblo. ¿Conque mi primo disfruta su canonjía contento?... ¿Y tiene buen ama ahora?

¡Qué atroc! ¡No diga usted eso ni en broma, que es primo mío, y á más de ser primo, es clérigo!

Ea, ya está aquí el principio. ¿Se sirve usted el primero? Bien, corriente, así me gusta; me cargan los cumplimientos. ¿Qué tal el frito?... ¡Carambal! ¿Que á usted le ponen los sesos mejor que á mí me los ponen? Se me resiste el creerlo. Tome usted una aceituna. Qué, ¿también le hace usted gestos? ¡Carampel! ¡Vaya una bromal! Me ha dado usted con el hueso en un ojo... Va me aguantó. Conque, diga usted, ¿es cierto que piensa venir mi primo? ¡Fengo unas ganas de verlo!... ..

..... ¿Qué iréndon?... A ver, Tibarcia, trae otro plato al momento. Aquí tiene usted estas magras procedentes de mi cerdo. ¡Hombre, no, lo que es al bicho no me una parentesco!

MATUTE



(me parece que le estoy viendo), sostenía que Zorrilla había escrito *El poñal del quito* en dos horas.

—¿Cómo en dos horas?—gritó un comandante.—En treinta y cinco minutos!

Y el otro se achicó, claro, que había de hacer y tuvo que decir á regañadientes:

—Bueno, en media hora. Es material.

Aquel teniente no se había sublevado nunca. El comandante sí; por eso era comandante y tenía razón, en nombre de la disciplina.

(MARIN)

MI VERA EFIGIE

(A MI QUERIDO AMIGO DON ENRIQUE MARQUERIE)

Mi apreciable señor don... (el nombre ya está á la vista), distinguido retralista de la villa de Gijón.

La epístola que le envío pensaba escribirla en prosa, pero como el verso es cosa fácil de sayo, y de más,

satisfago mi deseo y le escribo en *redondillas*, porque son las más sencillas coplas que yo *redondo*.

Por si ya impaciente espera, hago en este ejercicio punto y voy derecho al asunto de mi *efigie verdadera*.

Me hicieron retratos cien, más ni uno exacto y real: unos *me han sacado mal*, y en otros *no salí bien*.

Siempre abusos y deslices con este rostro infeliz: los unos, mucha nariz; los otros, pocas narices;

los más, con ceñudo enojo, y los menos, sonriendo; algunos, tuerto, diciendo: «Apañado tengo el ojo!»

En fin, que ya hasta las heces apuré mi suerte avara: ¡me han hecho poner la cara en vergüenza tantas veces que ya, al irme á retratar, me decía para mí:

«¿A qué me siento yo aquí, si sé lo que va á pasar!»

Unos minutos de empacho, una esperanza furtiva:

otra nueva *negativa*

y otro nuevo mamarracho!

Pero al entrar por sa puerta, otra cosa me pasó:

en cuanto usted *me fijó*,

dije: «Este tío *me cierta!*»

Y así fué: tal como soy

salí vivo y coleando.

«*Me ha sacado usted hablando!*»

comó casi siempre estoy.

Le confieso con verdad

que el prodigio no merezco.

Estoy guapo y me parezco...

¡Qué asombro de habilidad!

Por su obra tan peregrina

tengo *efigie verdadera*,

y mañana, cuando muera,

ahí queda esa cartulina.

Desde la frente al cogote,

¡qué detalles, santos cielos!

¡Si se me cuentan los pelos

de la barba y del bigote!

Eso, amigo, es retratar:

ésa es *manera de hacer*,

y no se vaya á creer

que no le pienso pagar.

Aunque le aplaudo en poesía,

abono la cuenta en prosa:

la amistad es una cosa

y otra la fotografía.

Mirándome soy feliz,

y le estoy muy obligado

por haberme retocado

un poquito la nariz.

Al elogio pongo tasa,

y, como premio al artista,

le nombro á usted *retralista*

de *cimara*... de mi casa.

JOSE JACKSON VEVAN.

CARTEL DE DESAFÍO

Á usted, señora mía, la más soberbia moza castellana que ha podido soñar la fantasía, con los labios de grana amasados con néctar y ambrosía, con el cuerpo de Venus Citerrea y los ojos más negros que la mora, donde á ratos llamea la escondida pasión abrasadora: á usted que, siempre altiva, me mira con desdén y arruga el ceño con esa compasión despreciativa con que mira lo grande á lo pequeño, yo, misero gusano, cansado ya de suplicar en vano, con la idea de hacer un disparate y á costa de un esfuerzo sobrehumano, reto y emplazo á singular combate. V espero demostrar cumplidamente que no soy tan inútil y apocado como usted ha pensado; ni poco de cobarde ó de prudente. Que usted acedirá tengo por cierto, puesto que es orgullosa y altanera... El encuentro será donde usted quiera, en berlina cerrada, en campo abierto, y hallando quien acepte el compromiso, ¡hasta con jaca de campo, si es preciso! ¡Armas! Las que tenemos; usted lleve su sin igual coquetaría innata y si prefando desdén con que me trata como agudo niño traidor y alcaide. Yo llevaré el desán, la oandía,

las palabras más dulces del idioma y la pasión bravia que lo que no le dan conquista y tumba. Lucharemos de veras, frente á frente, según es uso y ley. ¡Usted consiente! Pues yo en el campo... del honor la espero, resuelto firmemente á quedar como queda un caballero.

SINESIO DELGADO.

VIAJE AL EXTRANJERO

Confieso humildemente mi extravagancia; en cuanto me desví del centro de Madrid y penetro en el corazón de ciertos barrios, paréceme que estoy á doscientas leguas de la villa y corte.

Otras caras, otros usos, otras costumbres, otros trajes... ¡hasta otro idioma!

En el *argot* singularísimo de los barrios bajos hay frases, palabras, giros y gestos que sólo comprenden los propios *indígenas*... entre sí.

Esa *lengua* se enriquece todos los días, se transforma periódicamente—quedando siempre lo esencial,—y hay modismos, refranes y dichos agudos que tienen su época de moda y que toman carta de naturaleza en la misma Puerta del Sol y en los círculos más brillantes de la buena sociedad.

En el lenguaje de la clásica chulería madrileña hay algo, aunque poco, del andaluz, algo también del *flamenco* (que algunos confunden con el andaluz) y mucho de la propia cosecha. —Apele en este caso al testimonio autorizado de mi querido compañero López Silva, maestro consumado en la pintura de las costumbres de esas gentes—como lo sería en cualquier otro ramo de la literatura, si él quisiera,—para que me diga si es ó no cierta mi afirmación.

En lo tocante á la indumentaria, con decir que he visto en esos barrios *cabayeros* de chaqueta cortísima y sombrero de copa, está dicho todo.

La extrañeza que engendra en mí la extravagancia de que hablo al principio, reconoce por causa la falta de costumbre.

Vivo en Madrid desde hace veinte años, y habré ido á esos barrios hasta una docena de veces, á todo tirar. Hay calles en esos barrios que aún no conozco ni llegaré á conocer probablemente.

No hace muchos días conocí una de esas calles, y del tal *conocimiento* brotó el título de estas líneas.

Deberes periodísticos pusieron en mi mano un billete para la inauguración de cierto espectáculo cuyo local está situado en la calle de Jerte.

¡Calle de Jerte! Jamás había oído ese nombre... ni ustedes tampoco, probablemente.

Pregunté á algunos amigos. ¡Nada! Por fin uno (que no era amigo me dijo:

—Me parece que *eso* está allá por San Francisco el Grande.

Me quedé lo mismo que estaba. Porque debo declarar, también humildemente, que no conozco San Francisco el Grande más que á través de los artículos de Federico Balart.

—Lo mejor es tomar un coche—me dije.

Pero ¡oh, dolor! ningún cochero conocía la calle de Jerte.

No sé de dónde había yo sacado que San Francisco el Grande estaba por la calle de Embajadores, y á ella me encaminé resueltamente.

Al principio de esa calle pregunté por la de Jerte. (Que si quiere! No la conocían ni de *vidas* siquiera. ¡Y San Francisco! Estaba, precisamente, en la dirección contraria.

Tomé como centro de operaciones y punto de partida la plazuela de San Millán y, dejando para más tarde la calle de Jerte, sólo procuré llegar á San Francisco.

Preguntando *incesantemente*, y después de larga y penosa peregrinación, logré, por fin, llegar á la plaza donde se levanta majestuoso el templo mencionado.

—¡Gracias á Dios! Aquí me dirán ahora dónde está la calle de Jerte.

Me acerco á un grupo de mujeres y ¡oh, asombro de los asombros! tampoco conocían la calle que yo buscaba...

Un compañero, que á la sazón pasaba por allí, comprendió en seguida mi apuro, y me dijo:

—Venga usted conmigo, *está muy cerca*: anoche estuve yo perdido dos horas por estos barrios...

Emprendimos la marcha. La calle de Jerte estaba (y debe de estar todavía) detrás de San Francisco el Grande.

Concluido el espectáculo, aleccionado ya por la experiencia, volví á la plaza de San Francisco, desde la cual hay trantería hasta la Puerta del Sol, y viceversa.

—Y no haber sabido eso antes!

Hay muchas cosas interesantes que se llegan á saber demasiado tarde.

Poco tiempo tuve que esperar. Llegó un coche, subí (por no decir *morfé*), y momentos después nos pusimos, ó mejor, se pusieron en marcha.

Con entera libertad de espíritu, seguro, como estaba, de

volver al centro de Madrid, entregueme de lleno al placer de la observación.

La creencia (absurda y extravagante) de que viajaba por el extranjero volvió a ser para mí artículo de fe...

Hasta me pareció que disfrutaba de otro clima.

Quando más emborrachado estaba en mis observaciones, de sordida muestracilla de madera, que á manera de escudo aparecía sobre una puerta pequeña y nada limpia, me salió al encuentro el rotulillo siguiente:

«Se peinan señoras á 15 céntimos.»

Tentado estuve por saltar del tranvía y situarme junto á aquella puerta, y esperar allí el tiempo necesario hasta conocer algunas de las señoras parroquianas del establecimiento...

Pero no caí en la tentación por no ejercer del tranvía.

Allá va, para concluir, un detalle que descansa del cuadro.

En la plazuela de la Cebada subió á la plataforma (plataforma, que decía la madre de cierta actriz) un borracho. El mayoral le invitó á que se sentara; de lo contrario podía caerse, y eso era un compromiso para él (para el mayoral).

El borracho se negó resueltamente, sobre... vino una disputa. paró el tranvía, se formó un gran grupo de desocupados... y el mayoral pidió auxilio al cobrador.

El cobrador, penetrando de un alto espíritu de compañerismo... se puso de parte del borracho...

En aquel momento reconcí mi error y mi extravagancia. Lejos de creerme en el extranjero, creí encontrarme en el saloncillo ó en los bastidores de algún teatro.

Aunque sea mala comparación.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

TELEGRAMAS

«Ha chocado un tren expreso con otro, pero tan fuerte, que se cuentan veintitrés heridos, y uno de muerte.»

«Toretas en Valdemoro: Faico bien, ganado huido: al matar el quinto toro resultó Revorte herido.»

Así decía un diario, y para dar más detalles publicó este extraordinario, que corrió plazas y calles:

«Del choque sólo se sabe que ha sido con mucha suerte: pero en cambio ha sido grave la cogida de Revorte.»

Por la cura que le han hecho, según afirma *El Luano*, tiene un puntazo en el... pecho y un varetazo en la mano.»

Con esto, y con que al herido le ha regalado un estoque Frascuelo, no se ha sabido cuál fué la causa del choque.

GONZALO CANTÓ.



La casa editorial de Fe acaba de publicar la cuarta edición del notable libro *Solos de Carín*. El público, que ha agotado tres ediciones copiosas, se disputa ésta también, como es natural. Es un tomo de 400 páginas, con infinidad de preciosos dibujos de Pons, y de los artículos... puesto que no habíamos de ocupar este espacio con cosa de más gusto, voy á tomarme la libertad de copiar unas cuantas frases y retazos del titulado *Cavilaciones*.

¡Ah! pero antes he de advertir que el libro cuesta 4 pesetas. Y ahora lean ustedes:

«No hay mejor álbum que el que está por escribir. En abanico cerrado no entran poetas.»

España es un Parnaso suelto.

Conozco yo un poeta que siempre que escribe da en el tema de decir que no es poeta. Y lo prueba como Diógenes probaba el movimiento.

El figurarse cómo es Dios sirve para algo. Para saber que de hijo no es como uno se lo figura.

Un poeta que se queja del hastío que le causa la existencia, y escribe sin ortografía, es desgraciado porque quiere. ¿Por qué no llena ese hueco que sienta estudiando gramática castellana?

Todos los mandamientos se encierran en dos: en amar á Dios sobre todas las cosas, y al Amor sobre todos los dioses.

Si nuestros poetas tuvieran presente que es mala crianza hablar mucho de sí mismo, ¡cuánto lirismo nos ahorraríamos todos!

Todas las religiones son buenas, pero la capa no parece.

Es muy prudente el consejo de guardar muchos años en cartera las obras literarias. Cuando después se leen, se juzgan mejor, y puede el autor librarse de publicar tonterías. Sin embargo, la receta no es muy segura, porque es posible el caso de que el autor siga siendo un necio.

No digo que la confesión sea un arma terrible en manos del diablo; lo que digo es que, si no lo es, parece mentira.

Una de las mayores amarguras del crítico, es tener que estar muchas veces de acuerdo con los envidiosos.

El matrimonio es una institución, pero se celebra al revés. La ceremonia debía dejarse para el último día de la unión en la tierra. Al morir uno de los esposos, la Iglesia y el Estado, previa declaración de las partes, podrían decir con conocimiento de causa: Este fué matrimonio. Todo lo demás es preñajar la cuestión.

La poetisa fea, cuando no llega á poeta, no suele ser más que una fea que se hace el amor en verso á sí misma. Las coplas de un galán, por malas que fuesen, le parecerían mejor que sus poesías, y le harían olvidarlas.

La poetisa hermosa no tiene perdón de Dios. ¡Hermafroditismo odioso y repugnante! ¡Ser Venus y López Bago en una pieza!

El día que en la soledad no oigas una voz que te distraiga y consuele puedes llorar la muerte de tu único amigo.

En la vida del pueblo se desarrollan vicios y miserias de que se te estar libre el cortesano; y además existe el germen de los vicios y miserias de la corte.

Si la crítica se practicara como una religión, los críticos serían casi siempre mártires. Pero ni los más severos ni los más orgullosos creen firmemente, en los casos de apuro, que su oficio es un sacerdocio.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. R. B.—Efectivamente, está el soneto, como usted dice, plagado de faltas, y son tan gordas, que no hay modo de corregirlas. Porque, entre otras cosas, no hay un solo verso bien medido.

Sr. D. F. A. L.—Madrid.—No está mal; pero ¿se ha hablado tanto hace ya tiempo de las mujeres académicas!

Sr. D. F. A. y M.—Madrid.—Tiene dos contras: que no está apropiado el lenguaje y que no tiene gracia la idea.

García.—Ambas son incorrectas en la forma, pero se ve que tiene usted buenas condiciones. ¿Estamos?

Sr. D. E. M.—Totana.—No: si ya estaba yo convencido, con su primera carta, de que no era usted el de la dolosa. Lo que yo quería decir es que el plagario firmó con un nombre y apellido cuyas iniciales eran iguales á las de usted. Y eso no se puede remediar, como usted comprende.

Cascabeles.—Vaya, en el magín del señor Cascabeles no cabe que puedan ser asonantes *fácil, acaba, casi y pincharme*. Y ha ido y ha hecho una crítica en verso, dándome una lección. ¡Herra por el señor Cascabeles!

Sr. D. E. M.—Sevilla.—¡Ay! Lo llamenco está muy en baja. *Oh* no se escribe con hache.

Sr. D. F. V.—Sevilla.—Lo verdaderamente terrible es que ha querido usted hacer cantares en octosílabos y... no son octosílabos.

Sr. D. L. A.—«Sobre una planta hermosa
despide su grato olor
una planta cuyo color
es de púrpura y de rosa.»

¿No ha notado usted que al tercer verso le sobra una sílaba?

Esquilache.—Ya sé por qué fué el motín contra usted. ¿Por no medir los versos como Dios manda!

Jurife.—Defecto de que tampoco le ha librado á usted la Divina Providencia.

A. K. temas.—¡Oh! Son medianas todas. ¡Pero muy medianas!

¿Que tal?—Bien; mande usted la firma.

Catáfan, ólan, élan.—¡Hombrel! ¿Que eso no es un soneto? ¿Por qué se lo llamas?

Sr. D. F. A.—Madrid.—El estilo es pedestre y el asunto gastado y sin gracia.

Sr. D. S. V.—Mire usted, hay que huir de los ripios todo lo que se pueda, y de los versos duros, y de... etc., etc.

Rosifal.—¡Demontrel! ¡Si eso no parece una sátira, parece un reclamo fenomenal!

El granjeé Dakar.—«Un día tropecé yo en Francia
en Valencia me escurri
en Cuba volqué de penas (?)
y en el Congo me caí.»

¿Qué lástima! ¿V se hizo usted daño?

¿Lo dejó?—Sí; déjalo, Juan, no leas.

Sr. D. G. O.—Madrid.—El mayor defecto que tienen las tres cosas es el de no tener absolutamente nada de particular. Es decir, que no son carnes ni pescados.

ANUNCIOS

LA COMPAÑIA COLONIAL
 HA OBTENIDO
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS
Medalla de oro, por sus Chocolates.
Medalla de oro, por sus Cafés.
Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL
MONTERA, 8, MADRID



Puesto que te casas,
 mi querido Antonio,
 compra una camita
 para matrimonio.
 ¡Y que las hay superiores y
 baratas en esta fábrica!
 Plaza de la Cebada, 1.



—Somos las americanas de al-
 pacá que nos vamos hasta el año
 que viene.
 —Pues nosotros somos los
 pantalones ingleses que acaba-
 mos de llegar ahora.
PESQUERA, Magdalena, 20.



En la casa de Tomás
 ris, ras,
 corta cada dependiente
 el pelo perfectamente
 por delante y por detrás,
 ris, ras.
Alcalá, 40.

PERLA BÚSTICA DEL RETIRO
RESTAURANT.—Frente á la estatua de Espartero.
 Gran Parque para comer al aire libre. Salón
 para banquetes y bodas. Gabinetes independien-
 tes para familias. Almuerzos desde 4 pesetas
 y comidas desde 5 pesetas en adelante. Se re-
 cibien encargos para dentro y fuera del Estable-
 cimiento.



LAS TULLERÍAS
 Esteta, 6.



¡Ya vuelven los estudiantee!
 ¡Ya se concluye el verano!
 ¡Ya en el restaurant se quitan
 los abonos de la mano!

MARCELINA SILLA

Plaza de Zocodover, 54.
TOLEDO



¡Vea usted lo que son las co-
 sas! No sólo se venden aquí to-
 dos los periódicos de España, sino
 que se alquila un completo ves-
 tuario de teatro!

¡Equipos sin igual de colegiales
 para chicos de casas principales!
 Es la tienda mejor que se conoce:
EXPOSICION VIENA, Mayor, 12.



LA CAZA DEL OSO



Al salir el sol
 canta la perdiz
 pidiendo perfumes
 de los que hay aquí (1).
 ¡Cu-chi-chichi!

(1) En la Perfumería Americana, Espec
 y Mina, 25.



—Gracias, Dios le dé la gloria.
 —Cómo se quedó usted así?
 —Por un brillante que vi
 de los del joyero SORIA.
Magdalena, 18.



—Cállate, no dezatines,
 laz más blancéz y más lizaz
 zerán ziempre laz camizaz
 que hay en casa de Martínez.
San Sebastián, 2.



Si te compras una vez
 bastón en casa de GRAS,
 de seguro ya tendrás
 un báculo en tu vejez.
Alcalá 40 y Príncipe 22.



¿Qué es lo más ramplón?
 ¡Beber peleón!
 Y ¿qué es lo más chío?
 ¡Comprar el Pick-nic!



El perfume de tu aliento
 bebo con ansia infinita;
 ¡es embriagador!
 —¡Sí! Gracias...
 (á Tirso Pérez, dentista).
MAYOR, 73

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
 año, 8.
 Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
 Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
 En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
 extranjero por menos de un año.
 Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil
 cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
 A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.
Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO